

CUIDA LO TUYO: LA HUERTA COMO ESPACIO ESPIRITUAL

José Antonio Abella

Texto leído en mayo de 1990 en la Plaza Mayor de Segovia, en el contexto de la intervención urbana "**Cuida lo tuyo: Viva la huerta**", organizada por la asociación Horizonte Cultural

Puede parecer anacrónico que en las postrimerías del segundo milenio, en la era del ordenador personal y la tarjeta de crédito, haya gentes empeñadas en la protección y fomento de las huertas familiares. Y sin embargo no lo es. Porque justamente en los inicios de la era post industrial, en la edad de la contaminación ambiental y del plástico nutritivo, es cuando —ya de vuelta de tanta vaciedad empaquetada en celofán— los valores tradicionales de lo natural, de lo familiar, de lo pequeño y de lo humilde, empiezan a cobrar su auténtica dimensión espiritual.

Pero no vale engañarse. Quienes estamos en esta movida sabemos hace ya tiempo que los pájaros no dan leche. No se trata de soñar utopías autosuficientes, de volver la mirada hacia un pasado de sudor y de penuria, de rechazar todo lo positivo que el progreso ha ido aportando a nuestra sociedad..., ni de ignorar los destrozos causados por ciertas concepciones de dicho progreso y los peligros, tanto ambientales como humanos, que conlleva.

Se trata simplemente de fomentar el contacto con la tierra y, a través de ella, de intentar un desarrollo existencial y armónico de aquellos que iniciamos esa era post industrial sabiendo que todavía, en estos días del poliuretano, de la poliamida, del poliestireno, siguen las lechugas nutriéndose del agua de la Vida. Porque una huerta es algo más que el eslabón inicial de la cadena alimentaria: una huerta es un espacio de naturaleza humanizada, un espacio donde utilidad y estética se aglutinan en una urdimbre de trabajo y de esperanza, de geometría y de color, de admiración y de respeto hacia esa tierra que nos ha parido y que da nombre a nuestro planeta.

El cultivo de una huerta familiar no es un simple proceso de producción donde la calidad y el número de las coliflores constituyen el único objetivo. El contacto con la tierra, piel a piel, la piel de nuestras manos con la piel de nuestro mundo, proporciona al hortelano una concepción profunda del sentido de la existencia, de su ser efímero y necesario en el ciclo de las estaciones.

Este hombre casi del siglo XXI, generación del ocio, que utiliza su tiempo libre en el cuidado de su pequeña huerta, ha encontrado sin duda un método práctico y certero de realización personal, un camino fructífero de armonización con ese minúsculo fragmento de universo que es su huerta.

Por todo esto y por otros muchos motivos más fáciles de explicar con el corazón que con el silogismo, no nos sentimos anacrónicos. Recuerdo ahora otras ciudades con miras más amplias que la nuestra, Tours por ejemplo, ciudad hermanada con Segovia, de la que tanto tendríamos que aprender, donde las autoridades municipales facilitan a los ciudadanos que lo desean pequeñas parcelas para huerto familiar, por un alquiler simbólico, conscientes tal vez de que donde florecen las coles, el apio, los tomates y las berenjenas, no lo hacen los vidrios rotos de las litronas ni el acero afilado y mortal de las jeringuillas. Pero nuestra ciudad sigue su propio camino. Los neumáticos amenazan a las humildes espinacas. Retornan todavía las cigüeñas. La ignorancia y la desidia sobreviven.

CUIDA LO TUYO : LA HUERTA COMO ESPACIO ESPIRITUAL.

José Antonio Abella.

Puede parecer anacrónico que en las postrimerías del segundo milenio, en la era del ordenador personal y la tarjeta de crédito, haya gentes empeñadas en la protección y fomento de las huertas familiares. Y sin embargo no lo es. Porque justamente en los inicios de la era post industrial, en la edad de la contaminación ambiental y del plástico nutritivo, es cuando - ya de vuelta de tanta vaciedad empaquetada en celofán - los valores tradicionales de lo natural, de lo familiar, de lo pequeño y de lo humilde, empiezan a cobrar su auténtica dimensión espiritual.

Pero no vale engañarse. Quienes estamos en esta movida sabemos hace ya tiempo que los pájaros no dan leche. No se trata de soñar utopías autosuficientes, de volver la mirada hacia un pasado de sudor y de penuria, de rechazar todo lo positivo que el progreso ha ido aportando a nuestra sociedad..., ni de ignorar los destrozos causados por ciertas concepciones de dicho progreso y los peligros, tanto ambientales como humanos, que conlleva.

Se trata simplemente de fomentar el contacto con la tierra y, a través de ella, de intentar un desarrollo existencial y armónico de aquellos que iniciamos esa era post industrial sabiendo que todavía, en estos días del poliuretano, de la poliamida, del poliestireno, siguen las lechugas nutiéndose del agua de la Vida. Porque una huerta es algo más que el eslabón inicial de la cadena alimentaria: una huerta es un espacio de naturaleza humanizada, un espacio donde utilidad y estética se aglutinan en una urdimbre de trabajo y de esperanza, de geometría y de color, de admiración y de respeto hacia esa tierra que nos ha parido y que da nombre a nuestro planeta.

El cultivo de una huerta familiar no es un simple proceso de producción donde la calidad y el número de las coliflores constituyen el único objetivo. El contacto con la tierra, piel a piel, la piel de nuestras manos con la piel de nuestro mundo, proporciona al hortelano una concepción profunda del sentido de la existencia, de su ser efímero y necesario en el ciclo de las estaciones. Este hombre casi del siglo XXI, generación del ocio, que utiliza su tiempo libre en el cuidado de su pequeña huerta, ha encontrado

sin duda un método práctico y certero de realización personal, un camino fructífero de armonización con ese minúsculo fragmento de universo que es su huerta.

Por todo esto y por otros muchos motivos más fáciles de explicar con el corazón que con el silogismo, no nos sentimos anacrónicos. Recuerdo ahora otras ciudades con miras más amplias que la nuestra, Tours por ejemplo, ciudad hermanada con Segovia, de la que tanto tendríamos que aprender, donde las autoridades municipales facilitan a los ciudadanos que lo desean pequeñas parcelas para huerto familiar, por un alquiler simbólico, conscientes tal vez de que donde florecen las coles, el apio, los tomates y las berengenas, no lo hacen los vidrios rotos de las litronas ni el acero afilado y mortal de la jeringuillas. Pero nuestra ciudad sigue su propio camino. Los neumáticos amenazan a las humildes espinacas. Retornan todavía las cigüeñas. La ignorancia y la desidia sobreviven.